

En torno al cuerpo y el envejecimiento

Acercamiento fenomenológico para la comprensión de la vejez

About the body and aging. Phenomenological approach to the understanding of old age

Eloy Maya Pérez
Celaya, Guanajuato, México

Programa educativo de Psicología Clínica del Campus Celaya – Salvatierra de la Universidad de Guanajuato

Resumen

Con esta contribución teórica intento dar respuesta a la pregunta: ¿Cómo accedemos a la comprendemos a la vejez, como concepto y fenómeno, explicándola como una generalidad cuyo protagonista sea el cuerpo? La elaboración teórica está sustentada en la propuesta de que es posible comprender la vejez desde el cuerpo considerándolo como un indicador de la experiencia de envejecer y no solo como un órgano de la naturaleza que se patologiza tras en el tiempo vivido, el texto sigue una estructura para el análisis a través de dos vías: a) consideraciones del discurso biomédico sobre la vejez y b) un acercamiento fenomenológico sobre el cuerpo y la vejez. En la conclusión, afirmo que el cuerpo es espacio físico donde se materializa el tiempo, por tanto, el ser puede relatarse desde el cuerpo vivido

Palabras clave

Vejez, fenomenología, cuerpo, experiencia

Abstract

With this theoretical contribution I try to answer the question: How do we understand old age, as a concept and phenomenon, explaining it as a generality whose protagonist is the body? The theoretical elaboration is based on the proposal that it is possible to understand old age from the body considering it as an indicator of the experience of aging and not only as an organ of nature that is pathologized after the time lived, the text follows a structure for analysis through two ways: a) considerations of the biomedical discourse on old age and b) a phenomenological approach to the body and old age. In the conclusion, I affirm that the body is the physical space where time materializes, therefore, the self can be related from the lived body.

Keywords

Old age, phenomenology, body, experience.

Introducción

Tiempo y vejez son una fórmula que se presenta fusionada en las reflexiones que la filosofía hace sobre el envejecimiento. Mediante estos elementos se relata una forma particular del ser con la intención de comprender una situación particular en que la vida ocurre. Un tercer elemento que aparece ligado en estos análisis es el cuerpo, entre otras concepciones, se describe como el espacio físico donde se materializa el tiempo.

En relación con este último punto existe una cantidad considerable de abordajes que explican a la vejez, algunos de ellos orientados desde la salud.

La idea que sostengo en el texto es que la vejez puede comprenderse como esa forma particular de ser en el tiempo que se hace evidente en el cuerpo, Aurenque (2021) afirma que envejeciendo nos descubrimos anclados en el tiempo y este anclaje sólo ocurre a través del cuerpo, asimismo Heidegger (1992) describiría este anclaje definiéndonos como seres ontológicamente atravesados por el tiempo. No obstante, es complicado reducir la vejez a una definición que provenga de la filosofía pues como afirma De Beauvoir (2016) no es posible que esta palabra abarque una realidad bien definida, sin embargo, el análisis de la vejez en esta disciplina ha aportado al develamiento de la persona sobre sí misma, en la cual el cuerpo juega un papel fundante pues revela quien se es cuando se mira a través de él. En concreto, con este texto me propongo reflexionar en tono fenomenológico sobre la vejez. Considerando que la discusión sobre este fenómeno involucra, necesariamente, al cuerpo, pues es este un indicador de la experiencia de envejecer. Ahora bien, con el hecho de discutir la existencia del ser envejecido desde el cuerpo no se busca relatarlo desde sus causalidades biológicas como comparte Dörr (2005) mucho menos describirlo como órgano de la naturaleza que se patologiza tras en el tiempo transcurrido; el propósito es colocarlo como un objeto de análisis que puede ser relatado desde el cuerpo

vivido en el que el ser está de manifiesto. Expongo estas dos vías como método de análisis:

- a) Consideraciones del discurso biomédico sobre la vejez, y
- b) Un acercamiento fenomenológico sobre el cuerpo y la vejez.

Por supuesto, no se trata de una comparación, sino de un ejercicio que permite comprender a la vejez a través del cuerpo -apoyado en algunos de los aportes que Merleau Ponty compartió- y desde la fenomenología. Considerando tales argumentos, esta contribución intenta hacerse cargo de la pregunta: ¿Cómo acceder a la comprensión de la vejez, como concepto y fenómeno, explicándola como una generalidad cuyo protagonista sea el cuerpo?

Consideraciones del discurso biomédico sobre la vejez
El modelo biomédico se sostiene en el orden disciplinario, se constituye por un discurso que establece formas de explicación e intervención orientadas en la elementalidad de lo orgánico y en la reducción de la existencia a lo biológico. Su práctica como ejercicio clínico es un encuentro horizontal entre dos personas dotado de objetividad y asepsia que sustenta su ideología, pero más aún, extrañamente, las maneras de comprender a las personas. En el espacio clínico los análisis y diagnósticos científicos objetivos de la biomedicina eclipsan la experiencia subjetiva de los pacientes y su experiencia con la enfermedad¹. Guberman (2020) sostiene que dentro de este modelo los individuos son encuadrados dentro de categorías generales de modo tal que permite el ejercicio de clasificación nosológica que sistemas internacionales como el DSM o el CIE aplican sobre las personas.

La biomedicina se define como una disciplina científica que tiene como objeto el saber de la vida humana que se explica a partir de su constitución orgánica (Castrillón & Pulido, 2009). Para Foucault (1996) constituye una mirada clínica centrada en la enfermedad, auto concebida como única y hegemónica, y utiliza los métodos taxonómicos -heredados de la botánica- para organizarlas como especies naturales que constituyen grupos y familias, además de ser responsable de haber construido un complejo sistema de atención institucional en donde, además de otros dominios propios de la etiología médica, se conforma por sus técnicas de intervención invasivas, su rigidez para la enseñanza e incluso las

concepciones de la vida y la muerte que acompañan el proceso de formación profesional.

En el contexto de la discusión, es importante destacar que la interpretación que el modelo biomédico hace de la vejez está reducida, en principio, a una noción de enfermedad o anormalidad en el que está presente el desgaste físico y orgánico como componente clave, Venebra (2021) aclara esta imagen al expresarla como una entidad que representa el fin de la existencia atribuida por la edad, como si el cuerpo fuera un elemento de la naturaleza que representa la fase de cumplimiento normal del ser como una cosa viviente. En el discurso biomédico la vejez representa la versión material del cuerpo, a la que se accede a través de diagnósticos desde los cuales es posible conseguir los valores relativos a la salud y la enfermedad. Para Pickard (2018) estos valores se recrean en la noción de fragilidad, como un estado ontológico específico a la vejez que se identifica por la presencia de síntomas como el agotamiento o la debilidad; como si ser viejo representará un punto de inflexión fisiológico que da paso a la vulnerabilidad. Aunque el proceso está centrado en el cuerpo, la discusión se orienta a su desgaste relacionado con el cumplimiento de funciones biológicas y las capacidades asociadas. De ello se desprende una noción de vejez vinculada a la fragilidad y a la reducción de posibilidades de experiencia pues representa también la culminación del desarrollo del cuerpo.

Dentro del discurso biomédico la enfermedad está vinculada con la idea de normalidad y anormalidad, que, como expresa Canguilhem (1971:114): suelen tomarse como sinónimas de sano y enfermo respectivamente. En particular, en la biomedicina se considera que, entre otros aspectos relevantes, la salud² es el objeto al que se atiende y desde este modelo es que se construyen concepciones sobre el viejo, el envejecimiento y la vejez, que se convierten en un dispositivo instituyente, al respecto Fernández (2007: 108) lo describe como un conjunto heterogéneo de prácticas discursivas en distintos grados de articulación, concordancia, discordancia, enfrentamiento y/o accionar entre los elementos que en él convergen. La biomedicina, como dispositivo instituyente, crea una objetividad del cuerpo que es a su vez un mecanismo de acercamiento y comprensión del ser-fenómeno, convertido a enfermedad, anormalidad, malestar o patología. Desde este posicionamiento, la vejez -y sus formas representativas y discursivas- lo es. La interpretación que este modelo hace de la vejez está reducida a una

¹ Hay enfermos, no enfermedades, como afirma Bunge (2012) la primeras son entes concretos mientras que las segundas son clases, especies o tipo, entelequias creadas por el conocimiento que hemos desarrollado. En consecuencia, las enfermedades son desviaciones de normas o reglas de conducta puesto que éstas nacen, se reforman y sustituyen en la vida social, en concreto, la enfermedad no es una totalidad biológica sino una construcción social, hecho que pudiera explicarse desde la fenomenología, pero no es el caso de este texto.

² Foucault (1996:119) sostiene que la clínica -como ejercicio concreto de la biomedicina- se opone en cierto sentido a la filosofía, quizá porque la expresión más clara de la presencia de la biomedicina en la vida cotidiana es la preservación de la salud y sobre ella no es posible la especulación, sino necesario el acto de la cura. Por ello, el modelo busca remediar, por medio de la atención científica, a la anormalidad instituida como patología, sea cual sea y se haga presente en cualquier condición e incluso momento de lo humano.

noción de enfermedad, estado anormal, en el que está presente el desgaste físico y orgánico como elemento clave. Y, aunque el proceso está centrado en el cuerpo, la discusión se orienta a su desgaste relacionado con el cumplimiento de funciones biológicas y las capacidades asociadas. De ello se desprende una noción de vejez vinculada a la fragilidad y a la reducción de posibilidades de experiencia pues representa también la culminación del desarrollo del cuerpo.

Entonces, la vejez como discurso impuesto y naturalizado desde el cuerpo lo revela como cosa que ocurre en el tiempo, cosa cíclica que se representa con cada etapa de su desarrollo y se cierra -idealmente- con un final que ubicamos en ella. Por consiguiente, el ser, entre otras formas, se materializa en el tiempo, hecho que nos revela la noción objetiva de la edad como marco práctico a través del cual entendemos qué pasa y permite explicarnos y comprendernos objetivamente a través del cuerpo transformado, que casi siempre tiene que ver con la enfermedad o el desgaste propio del paso del tiempo. Las consideraciones sobre la salud del ser envejecido parten de ideas como la recuperación de su independencia funcional producto del desgaste y deterioro (Morales, 2006), de cierta forma, la mirada biomédica del envejecimiento están vinculada a la presencia de enfermedad -la OMS ha aportado elementos importantes sobre el tema con el propósito de superar el reduccionismo del propio modelo para orientarse hacia la salud del adulto mayor más que en sus patologías- y no son puramente un prejuicio como afirma Salvarezza (1988), sino que forman parte de un sistema de creencias que orienta la práctica médica y, por tanto, las relaciones con los seres humanos.

El caso del modelo biomédico ha marcado de manera considerable la historia de la comprensión del fenómeno de la vejez. Aurenque (2021), relata que desde la época medieval comenzó a observarse una correlación estrecha entre el envejecimiento y la patología, y posteriormente -como producto del avance de la medicina moderna- aparecen otros correlatos sustentados en investigaciones y análisis etiológicos que reflejan que la comprensión del envejecimiento se orienta en la triada: envejecimiento, patología y salud.

En el discurso biomédico la vejez representa la versión material del cuerpo, a la que se accede a través de diagnósticos desde los cuales es posible conseguir los valores relativos a la salud y la enfermedad. Para Pickard (2018) estos valores se recrean en la noción de fragilidad, como un estado ontológico específico a la vejez que se identifica por la presencia de síntomas como el agotamiento o la debilidad; como si ser viejo representará un punto de inflexión fisiológico que da paso a la vulnerabilidad.

Por supuesto, a partir de estos diagnósticos se podrán atribuir otros valores a la vejez y a quien envejece, incluso algunos de carácter social -como la autonomía, la capacidad de trabajo y producción, los vínculos sociales desde los cuales es posible observar la desvinculación social del adulto mayor-, que Venebra (2021) describe como una particularmente

tardía economía moral del cuerpo frágil, refiriéndose al disciplinamiento social atribuido, exigido y asumido en el cual la salud referida desde la biomedicina es un indicador basado en criterios generalizables a la población. López (2018) describe esto desde de la noción de pesimismo griego, mediante el cual se revela una especie de caducidad de la vida marcado por los padecimientos, las enfermedades asociadas y sufrimientos de un cuerpo que envejece. Segura (2007) afirma que la enfermedad y la muerte han sido un tema recurrente en la discusión filosófica orientada al envejecimiento, sobre todo porque el origen de esta discusión aparece en conjunto a los principios de medicina, específicamente, desde la curiosidad por saber cómo las culturas antiguas se enfrentaban a la muerte a partir de la vejez.

El cuerpo y la vejez

Somos la edad
Paco Reyes "Papichi"

Atendiendo a la afirmación de Husserl (2006) respecto de que la conciencia es siempre conciencia de algo, propongo que el cuerpo es conciencia y al mismo tiempo mecanismo para responder quiénes somos. Puesto que la conciencia implica al ser ya que lo hace evidente ante nuestros ojos y permite crear una noción de lo que estamos siendo, en este sentido, mi propósito es aportar elementos para reflexionar en torno a la vejez como una forma de conciencia.

Esta conciencia se revela a través del cuerpo infinito y finito, como afirma Merleau-Ponty (1945), y se manifiesta en los actos de la vida cotidiana que, vistos desde la intencionalidad de quien esto escribe, aparecen bajo una dimensión de totalidad encarnada, es decir, el cuerpo se vuelve una expresión del ser. Y aunque esta idea pueda parecer una generalidad, una mirada dirigida al cuerpo nos da cuenta de quienes somos, pues es, en cierta forma, un reflejo del ser que lo mira. En este sentido, al proponer que el cuerpo sea una conciencia habría que dimensionar en medida de qué lo es, y, en todo caso, de qué seríamos conscientes a través de él o qué nos revela el cuerpo sobre nosotros mismos.

Me ha parecido muy curioso la presencia de la palabra cuerpo en los análisis fenomenológicos, en la fenomenología existencial y de la filosofía en general. Y no solo porque remite a nuestra entidad física ni las posibilidades -en los términos que Merleau Ponty nos las relata- que esta nos da en el mundo, sino porque aparece como un referente de nosotros. El cuerpo es el yo, es el cuerpo vivido y apropiado no sólo es un órgano de la naturaleza en el que se cumplen ciclos como esa ritmicidad -que Venebra (2019) afirma que nos ocurre- es decir, la vitalidad presentada por momentos que se suceden sin descanso hecho que vincula la vida con el entorno dentro de lapsos tiempo. Aparentemente, es la edad quien otorga el contenido experiencial que da sentido al ser, en oposición a esta forma naturalizada de comprensión, es posible pensar

en ella como una representación constante de nosotros mediante la que nos expresamos y nos muestra el devenir de nuestra existencia y aparece como una forma de relación, es decir, mediante ella nos miramos, nos definimos y mostramos al mundo qué somos e incluso nos asumimos con la certeza de que merecemos un trato dignificado -separado de los demás tratos hacia los otros-. En este devenir del tiempo ocurre la continuidad de la vida pues somos más que la suma de experiencias que nos da nuestra relación con los años y el mundo. El cuerpo es el medio para mantener una permanente relación con el mundo, poseer un cuerpo es conectar con un medio definido pues es el vehículo del ser-del mundo (Merleau-Ponty, 1945); como afirma Martínez (2008), este vínculo con el mundo es constante e inagotable. En el mundo somos y con él se nos revelan las diferentes posibilidades de ser.

El ser es arrojado al mundo, en ese momento solo cuenta con su biología para vivir, por lo que durante su desarrollo tendrá que adquirir elementos socioculturales suficientes para lograr vivir más allá de dicha estructura biológica, pero vinculando ésta al mundo. Menciono a esa biología como cuerpo -y renuncio a considerarla de manera reducida como se describió en el primer apartado de este texto- y siempre se mantiene en contacto con lo externo para tomar de él lo necesario en función de su desarrollo en general. Esta actividad no es automática, pues de estas cosas del mundo se toman elementos abstractos/simbólicos a través del sistema perceptual que forman parte de lo que el humano conoce y con lo cual se conforma el ser. Este sistema perceptual no es en exclusiva un proceso cognitivo ni hay motivo para reducirlo desde ahí por el contrario es un sistema de entrada de información y esta información recolectada tiene la particularidad de ser de diferente fuente y estimular de diferentes procesos como cognitivo o emocional incluso la memoria.

Para el caso de interés de este texto insisto que el cuerpo es un indicador del paso del tiempo pues representa al ser que se es en el momento desde el que se relata así mismo o bien como afirma Merleau-Ponty (1996) cada presente capta paso a paso la totalidad del tiempo posible; nos indica un algo sobre nosotros que puede ser descrito, por ejemplo, desde el dolor pues al mismo tiempo hablará de quien lo sufre. Una fenomenología³ de la vejez en la que se discuta sobre el cuerpo envejecido permitirá acercarnos a la comprensión del ser que envejece y, de cierta forma, describir lo que identifica que está vinculado a su existencia. Merleau-Ponty (1969) afirma que la fenomenología se define como una descripción directa de la experiencia tal como es y sin tener en cuenta la génesis psicológica del fenómeno, ni las explicaciones causales que sabios, historiadores o sociólogos puedan darnos sobre el mismo. El propósito de la fenomenología como disciplina y de la

filosofía se revela al invitar a los interesados a volver a la cosa misma con la intención de revelar su esencia. ¿Cuál será la esencia de la vejez? Acaso la experiencia del cuerpo envejecido, el crear la necesidad de ambientes viejesogénicos, la vejez misma, la experiencia individualizada y diferenciada de otros seres que envejecen, las posibilidades de la vejez.

Al pensar la vejez, se le objetiviza como la mala condición humana que encarna -convirtiéndose en más que una representación- en una tradición característica de una realidad desrealizada, esto es, sin un sentido y sin valor como afirmaría Xavier Zubiri (citado en Muro 2020) que nos comparte que dicha tradición nos conduce a conceptualizar la vejez como un accidente de un sujeto, por lo que se le ha concebido de manera generalizada como un mal y como negatividad del hombre; condición que lo aleja de realizarse como persona pues coloca -y con ella a nosotros- a la vejez como un problema del hombre simbolizado por la inquietud del avance del tiempo que es un recordatorio constante del momento de realidad que se experimenta mientras se cursa.

Para acercarme a la comprensión de la vejez y la experiencia cuerpo envejecido, momentáneamente, accederé a través de representaciones comunes del envejecimiento, me refiero a la enfermedad y al dolor elementos vinculados por completo con la dimensión natural del cuerpo. Ambos fenómenos influyen de manera considerable en la toma de conciencia sobre la enfermedad, que en palabras de López (2018) sucede desde la vulnerabilidad, y se describe a través del dolor manifestado por la propia corporalidad. Desde este hecho es posible preguntar al respecto del envejecimiento biológico del cuerpo ¿qué quiere decir sobre nosotros el dolor experimentado por el desgaste orgánico, por el deterioro de la funcionalidad, por la presencia de enfermedades crónico-degenerativas?

Esta última idea me permite colocar al cuerpo como una medida de la existencia, me refiero a que la conciencia del paso del tiempo nos indica quiénes y qué somos puesto que no es igual reconocernos que somos niños, jóvenes o viejos ya que cada uno de estos representa por sí mismo múltiples posibilidades de existencia ya que, por supuesto, el cuerpo está encarnado en un deber que la edad marca, de cierta forma somos la edad como reza el epígrafe de este apartado.

Venebra (2021) discute sobre la dimensión de la vejez como elemento de la naturaleza, afirmando que representa la fase de cumplimiento normal del cuerpo como cosa viviente; esto es, se asume como una entidad que representa el fin de la existencia atribuida por la edad biológica. Hecho que es particularmente agobiante a causa de nuestra conciencia del tiempo y las implicaciones que trae.

La descripción de la experiencia de la vejez al hecho biológico equivale a volverlo cosa e implica reducir la conciencia del ser a la conciencia de la estructura orgánica. Asumirse de esta forma implica resignarse, como afirma Merleau-Ponty (1945), pues la conciencia se objetiva en la conciencia de la enfermedad o del desgaste orgánico o del deterioro de la funcionalidad o

³ La fenomenología nos recuerda que siempre percibimos el mundo desde una perspectiva determinada y, es por medio de nuestra actitud natural, que constantemente totalizamos las parcialidades percibidas (Espinosa, 2021).

de la presencia de enfermedades crónico-degenerativas.

Por otra parte, no se trata de remitirse a la explicación del giro corporal como método de referencia de lo humano y de comprensión de la existencia ni mucho menos de una reducción al corporalismo que, como define Ramírez (2017), es un supuesto con una visión ideológica, reductiva y parcial de cuerpo como protagonista de la existencia. En todo caso, se trata de comprender desde el *leib*, es decir, desde el cuerpo vivo, y no desde el *körper* como cuerpo físico, pues la intención es saber de nosotros desde el cuerpo, a lo que Richir (2013) identificará como la *Leiblichkeit* o corporeidad viviente

Sin afán de psicopatologizar a la vejez, es importante señalar que es un proceso biológico que transforma. Pero he sido enfático en que es importante no reducirla a concepciones cartesianas, pues también se relaciona con la cultura -como representación conceptual del espacio y tiempo en el que se vive- por lo que está sometido a la posibilidad, a la incertidumbre y al riesgo implícitos en la experiencia de envejecer en circunstancias como la que vivimos en nuestro territorio.

Esta referencia que surge de la ruptura con el reduccionismo y de la apertura a los enfoques humanistas da pauta a la posibilidad de analizar a la vejez no como un hecho normal o más bien normatizado, sino como un producto de la historia individual que logra distinguirse de las otras formas de envejecimiento de los contemporáneos creando una suerte de vejeces. Esta noción plural de la vejez se retoma de manera conceptual como una construcción en la que están presentes formas distintas en la que envejecemos todos.

Estas vejeces también se enfrentan a la posibilidad de la generalización pues se experimentan a un proceso de desvinculación⁴ en el que se manifiestan experiencias de invalidez, de aislamiento, de temor, de dependencia y tal vez de culpa (habrá que explorar esta vía analítica a través de los procesos afectivos pues son considerados como una vía de información útil para comprender las circunstancias en las que ocurrimos y también las relaciones que se sostienen con los otros).

El propósito de estas líneas finales es incorporar el pensamiento de Merleau-Ponty para acercarme al fenómeno de la vejez. Explicar la experiencia cuerpo envejecido desde la propuesta de este autor me requirió comprender la noción de percepción y a partir de ello establezco un diálogo para describir al ser como unicidad y no como asociación de elementos. El cuerpo está integrado por todo lo que tiene en el momento que se vive, así la circunstancia revela un

cuerpo como totalidad como el ejemplo que relata Merleau-Ponty (1945) sobre una mujer con sombrero grande que no puede pasar por la puerta porque esta es demasiado estrecha, sin embargo, si ella se retirara el sombrero entraría sin problema pero no lo hace y surge un conflicto que involucra a su cuerpo y al espacio: un ser que no cabe por la puerta porque en ese momento se percibe como un *sersombrero* en una puerta pequeña. Hablamos de una especie de conciencia de sí que el cuerpo provee. Mediante la conciencia de sí, el ser descubre a la vejez y lo distingue de los otros seres que fue. Merleau-Ponty (1945) lo describe de la siguiente forma:

...la consciencia nunca puede objetivarse en consciencia de algo y, aunque el anciano se queje de su vejez, o el achacoso de sus achaques, no pueden hacerlo más que cuando se comparan con los demás o cuando se ven con los ojos de los demás, eso es, cuando toman acerca de sí mismos un punto de vista estadístico y objetivo, y esas quejas nunca son enteramente de buena fe: vuelto a la médula de su consciencia, cada uno se siente más allá de sus calificaciones y, por ende, se resigna.

Es probable que un ser envejecido se percibe como tal en las circunstancias generales de la existencia; por ejemplo, ante la presencia de la enfermedad se percibe como una totalidad enferma en todo momento donde todas las partes de su ser participan de esa percepción unificada. En la lógica que Merleau-Ponty (1945) nos brinda es el ser un ser de percepciones puestos en un cuerpo que se relata a sí mismo desde el lugar que ocupa. Quien envejece es descrito por sí y para sí desde los referentes de la experiencia colectiva encarnados en su propia vejez. Lo que implica una conceptualización del yo que surge de la conciencia e involucra su comprensión desde un cuerpo de viejo, con prácticas de viejo, con sensaciones de viejo, con la afectividad de un viejo, con la salud de un viejo.

Conclusiones

Agamben (2017) reflexiona sobre la existencia, afirmando que se devela solo si se pretende anticipadamente entender el significado de la fórmula del hombre cuya obra es el uso del cuerpo, por ello, recurre a la lógica aristotélica en la que se reduce el problema de la existencia del esclavo al de la existencia de su cuerpo y afirma que la esclavitud define una dimensión de lo humano, en suma, ocurrirá tal vez, de forma similar una comprensión de la vejez desde la fenomenología donde la presencia de la vejez se nos hace evidente –o la reducimos para comprenderla quizá- en un cuerpo.

La vejez, considerada desde la experiencia del cuerpo envejecido, se encarna bajo un deber ser que se experimenta en la diversidad y la multiplicidad a las que las existencias están abiertas pues somos seres con un cuerpo envejecido, no desde un cuerpo envejecido, así pues, el cuerpo no es el ser nombrado, es el ser que experimenta la vida y, en la propuesta de

⁴ La desvinculación de las personas mayores se define como la separación de este grupo sin adscribirse a ningún otro; se reconoce como un proceso inevitable del envejecimiento que va acompañado de una disminución gradual del interés por las actividades y los acontecimientos sociales del entorno y se produce a partir del desarraigo generado por la disolución de las redes sociales de pertenencia.

este texto, la vejez. Mi intención es aportar elementos para la reflexión existencial en las intervenciones psicológicas con personas envejecidas, considerando que el cuerpo es un indicador de la experiencia de envejecer y no solo un órgano de la naturaleza que se degrada a través del tiempo.

Tal vez puedan contemplarse en la acción terapéutica las múltiples formas en que se vive el ser viejo, hecho al que podemos nombrar como las vejeces que no se presentan como pluralidad que contraponen el reduccionismo biologicista a procesos generalizables, sino refiere la multiplicidad de formas del ser (y no representa por el momento la intención de este texto) a las que puede accederse desde la fenomenología. Seres que poseemos una biología/cuerpo que ha transitado por una gran cantidad de años y en la que se revelan las formas en las que el cuerpo se vivencia, se representa, se simboliza, se siente y, por supuesto, desde donde experimentamos la vida y los fenómenos trascendentales de ésta como la incertidumbre (la ontológica y la que ocurre por la propia condición) por ejemplo. Si bien he discutido que desde la fenomenología no hay motivos para reducirnos a una versión del yo/cuerpo envejecido proveniente de la biomedicina, requerimos de ella para conocer y comprender las condiciones de la etapa en tono de generalidades de la existencia envejecida del cuerpo, pero enfatizando que al ser siempre se lo comprende desde la experiencia.

Referencias

Agamben, G. (2017). *El uso de los cuerpos*. Adriana Hidalgo editora: Argentina

Aurenque, D. (2021). Fenomenología de la vejez y el cuerpo como anclaje al tiempo: "Se debe ser viejo para reconocer lo breve que es la vida". *Valenciana*, 14 (27), 147-168. <https://doi.org/10.15174/rv.v13i27.479>

Bunge, M. (2012). *Filosofía para médicos*. Gedisa: Argentina.

Canguilhem, G. (1971). *Lo normal y lo patológico*. Siglo veintiuno: México

Castrillón, A. & Pulido, M. (2009). Biopolítica y cuerpo: medicina, literatura y ética en la modernidad. *Revista Educación & Pedagogía*, 15(37), 187-197. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/revistaey/article/view/5984>

De Beauvoir, S. (2016). *La vejez*. Debolsillo: España.

Dörr, Otto. (2005). Aspectos fenomenológicos y éticos del envejecimiento y la demencia. *Revista médica de Chile*, 133(1), 113-120. <https://dx.doi.org/10.4067/S0034-98872005000100015>

Espinosa, R. (2021). El Sentido frente a la Condición Ontológica de la Incertidumbre. *Red Existencial*, 1 (1), 52-64.

Fernández, A. (2007). *Las lógicas colectivas*. Imaginarios, cuerpos y subjetividades. Buenos Aires: Biblos.

Foucault, F. (1996). *El nacimiento de la Clínica*. Siglo XXI: México.

Guberman, M (2020). *La enfermedad como repliegue de la existencia: Un abordaje fenomenológico-existencial de la psicopatología*. Colección en busca del sentido: Argentina

Heidegger, M. (1992). *Conceptos Fundamentales de la metafísica*. Mundo Finitud Soledad. Alianza Editorial: España.

Husserl, E. (2006). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Fondo de Cultura Económica: México.

López, A. (2018). La vejez como enfermedad: un tópico acuñado en la antigüedad clásica. *Gerokomos*, 29 (4), 156-159.

https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1134-928X2018000400156

Martínez, Y. (2008). *Filosofía existencial para terapeutas y uno que otro curioso*. México: Ediciones LAG

Merleau-Ponty, M. (1945). *Phénoménologie de la perception* Gallimard, París.

Merleau-Ponty, M. (1969). *La prose du monde*. Paris, Gallimard. <https://documents.fr/document/prose-du-monde.html?page=1>

Merleau-Ponty, M. (1996). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.

Morales, J. (2006). El envejecimiento y la medicina geriátrica. *Gaceta Médica de México*, 132 (3), 343-345.

https://www.anmm.org.mx/bqmm/1864_2007/1996-132-3-343-345.pdf

Muro, M. (2020). Una aproximación al tema de la felicidad en Xavier Zubiri en Villa (coord.) *El realismo de Xavier Zubiri en el horizonte del siglo XXI* (I ed, pp. 459-508). Editorial Itaca

Pickard, S. (2018). Health, illness and frailty in old age: a phenomenological exploration. *Journal of Aging Studies*, 47 (2018) 24-31. <https://doi.org/10.1016/j.jaging.2018.10.002>

Ramírez, M. (2017). El cuerpo por sí mismo. De la fenomenología del cuerpo a la ontología del ser corporal. *Revista de Filosofía Open Insight*, 8(14), 49-68.

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-24062017000200049&lng=es&tlng=es

Richir, N. (2013). Naturaleza, cuerpo y espacio en fenomenología. *Eikasía: revista de filosofía*, 47, 767-776.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6956051>

Salvarezza, L. (1988). *Psicogeriatría teoría y clínica*. Ediciones Paidós

Segura, B. (2007). Enfermar, envejecer y morir en los tiempos de Tito a Trajano. *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 27 (1), 87-11.

<https://revistas.ucm.es/index.php/CFCL/article/view/CFCL0707120087A>

Venebra, M. (2019). Corporalidad y temporalidad: el cuerpo vivido como órgano de la naturaleza. *Devenires*, 20 (40), 157-181. <http://hdl.handle.net/20.500.11799/110026>

Venebra, M. (2021). Fragilidad del futuro: fenomenología de la vejez. *Areté. Revista de Filosofía*, 2 (2), 415-435

<https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/arete/article/view/24464/23220>

Curriculum:

Lic. en Psicología por la FES-Iztacala UNAM. Doctor en Ciencias en Salud Colectiva, Universidad Autónoma Metropolitana-unidad Xochimilco UAM-X. Especialista en Psicoterapia con enfoque existencial fenomenológico cursado en el Círculo de Terapia Existencial (CIREX).

Correo de contacto:

e.maya@ugto.mx

Fecha de presentación: 10/11/2023

Fecha de aceptación: 19/2/2024